

LAS PRIMAS

Álida aparcó el coche en el hostal. Salió y dio una vuelta a la vivienda, pero no vio ninguna luz, sólo el rótulo “Hostal los Arces” estaba iluminado. Volvió al coche. Puso la radio bajito y reclinó el asiento. De pronto un foco de luz chocó contra el cristal. Se incorporó, pero no pudo ver nada, la luz la cegaba. Bajó los seguros, elevó el asiento y agarrada con las dos manos al volante, miró sin ver. Su cara blanca, agrandada, desprotegida hizo que la mano que sujetaba la linterna bajara el foco. Entonces ella pudo ver a dos mujeres. Las dos con batas largas encima del camisón. La bajita llevaba una escopeta de caza. Bajó la ventanilla sólo hasta la mitad y esperó. Ellas también esperaron a que Álida dijera algo. Mientras tanto se observaron. La mujer de la escopeta quiso esconderla dentro de la bata. La otra dijo que andaba un incendiario dando fuego a casas solitarias, a sembrados y a bosques. La Guardia Civil hacía batidas, pero no habían dado con él. Álida vio que estaban asustadas y salió del coche. Les dijo que su madre biológica escapó de aquel pueblo y que buscaba algo de ella. La más alta le mandó coger su equipaje y cerrar el coche. Entraron a la casa y la llevaron a la cocina. Sin hablar sacaron queso, pan y una botella de vino con tres vasos. Allí, nada más sentarse, Álida pensó que había encontrado a las primas lejanas de su madre.